



DESPUÉS DEL ÁRBOL

RAFAEL REISSIG ASENJO

 Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2021

Depósito legal: AL 3144-2020

ISBN: 978-84-1385-580-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rafael Reissig Asenjo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Diseño de cubierta: Emblem.com.uy

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

A Verónica, mi mejor amiga, compañera de ruta,
madre de mis hijos, amor de mi vida... mi todo.

A Florencia, Joaquín, Belén y Manuel,
nuestros hijos que dan sentido a nuestras vidas.

El legado de Sarah

La oficina de Robert Lakes ocupaba la primera planta completa del edificio Rosemary, en el 174 de W32 nd St y la 6th Ave., en pleno Manhattan; construido por el Sr. August Howard en la década de los treinta, aprovechando los beneficios de la venta de su fábrica textil, justo antes de la crisis del año veintinueve. Había vendido su fábrica por doscientos treinta mil dólares, con lo que pensaba comprar algunos apartamentos para vivir de su renta; pero aprovechando el momento económico del país, logró construir un edificio completo de ocho pisos, con cuatro despachos por planta lo suficientemente espaciosos como para alojar, por lo menos, a diez oficinistas en cada uno, más dos locales comerciales a pie de calle. Lo bautizó con el nombre de su esposa, fallecida ya hace algunos años.

Lo que no tuvo en cuenta fue que la crisis continuaba presente, y por más que él hubiera construido un edificio por menos de la tercera parte de su coste real, alquilar los despachos, no iba a ser tan sencillo. Pasaron varios años antes de tener todo el inmueble alquilado y, lamentablemente, August no llegó a verlo, ya que murió tan solo dos años después de colgar el primer cartel de despachos en alquiler.

Fue su hija, Sarah, con apenas diecinueve años de edad, quien heredó el edificio, lo que le permitió vivir sin preocupaciones económicas. Con el estigma del fallecimiento prematuro de su

madre cuando ella era una niña, y de su padre cuando apenas era una mujer, decidió vivir cada día como si fuera el último, pero siempre en solitario. Abbie, su única amiga de la infancia, y la familia de esta, fueron lo más parecido que nunca tuvo a una familia propia.

Por eso, en su testamento, le dejó el Rosemary a Robert, el menor de los nietos de Abbie, con el que mantenía una relación especial desde su nacimiento.

Robert heredó el edificio con dos únicas condiciones: la primera, jamás cambiarle el nombre, y la segunda, jamás echar a sus inquilinos, aunque no pudieran pagar el alquiler. La mayoría de ellos llevaban años como arrendatarios, y Sarah los veía ya como amigos.

De esa forma, en 2010, con veintiocho años, una licenciatura en periodismo y un empleo en una revista local de Malden, Massachusetts, con cuyo sueldo apenas podía vivir, pero sí le daba la oportunidad de ejercer su carrera, se convirtió en propietario, con más de quinientos cincuenta mil dólares anuales de ingresos, casi veinte veces lo que ganaba en la revista, y sin tener que trabajar por ello.

Durante sus estudios, y desde mucho antes, su intención siempre había sido convertirse en un periodista de la sección policial de la talla de Harry Adams, algo que distaba mucho de su actual puesto en sociales en la revista local. Por eso no dudó ni un minuto en presentar su renuncia al saberse propietario del Rosemary, su nueva fuente de ingresos.

Lo segundo que hizo fue pedirle matrimonio a Charlize, su novia desde la universidad y con quien vivía desde que había llegado a Malden. Se conocieron en la Universidad de Columbia, Nueva York, y si bien Robert había vivido toda su vida en Manhattan y no tenía ninguna intención de mudarse, cuando

terminaron sus carreras aceptó acompañarla a su ciudad, ya que su familia regentaba una de las fábricas de muebles más importante de la zona, y ella podía aportar mucho con su reciente título en administración de empresas. Se lo habían planteado como un escalón en sus vidas; a Charlize no le gustaba trabajar con su familia, y ambos sabían que la carrera de periodista en policiales de Robert en Malden, era casi imposible de concretar.

Fue así que Robert compró un ramo de rosas rojas, adquirió el mejor anillo que le permitía el crédito de su tarjeta en una joyería de la calle principal, y esperó a Charlize con una cena romántica y una botella de excelente vino; hubiera preferido que fuera champán, pero a ninguno de los dos les gustaba.

La alegría de Robert no tardó en desvanecerse. Charlize no rechazó la propuesta, pero puso condiciones. La más importante, ella no podría vivir en Nueva York, ya que no solo había ayudado con la empresa familiar, si no que actualmente la dirigía y no quería dejarla. Además, el dinero para ella era importante, aunque no lo suficiente como para abandonarlo todo y mudarse dejando a familia y amigos. Robert intentó convencerla de que no era un tema de dinero, ya que él tendría sus ingresos viviendo tanto en Nueva York como en Malden, sino que era un tema de desarrollo personal y de cumplir con lo pactado; Malden era un escalón y el momento de pasar al siguiente ya había llegado. Por supuesto que el dinero lo facilitaba todo, ya que podría buscar sin prisas hasta encontrar el puesto que él quería, sin tener que pensar en cómo pagar el alquiler, pero no era el motivo de mudarse.

Esa discusión duró varias semanas, hasta que acordaron que Robert buscaría su ansiado puesto en Nueva York, y luego resolverían el resto. Durante meses, Robert hizo cinco horas de autopista entre ambas ciudades. Entre semana ocupaba la primera planta del Rosemary, que era el piso que August había reservado

para la familia, ya que en los años treinta era común la falta de energía eléctrica y no le gustaba la idea de subir ocho pisos por las escaleras; además, el Rosemary tampoco tenía unas vistas tan deslumbrantes desde el octavo, como para que resultara interesante habitarlo, pues lo rodeaban edificios más altos.

Había sido la casa de Sarah durante sesenta y cinco años, quien sabiendo que estaba llegando su hora, tuvo la fortaleza de donar todas sus pertenencias y quedarse únicamente con lo necesario para el día a día. Nunca ocupó el espacio equivalente a los cuatro despachos del primer piso; de los casi trescientos metros de la planta, apenas utilizaba cincuenta, pero era consciente de que sus muebles, sus cuadros, y hasta el papel tapiz, era algo de lo que su adorado Robert querría prescindir, y para evitarle el incómodo momento, lo hizo ella misma. No era una condición que él se mudara al edificio, pero lo conocía muy bien, y sabía que por lo menos, durante un tiempo así lo haría.

Durante los primeros viajes, Robert solo disfrutaba de conducir su flamante Wrangler, de gama alta que había comprado con los primeros meses de sus nuevos ingresos, y lo hacía ansioso por reencontrarse con Charlize; pero al cabo de unas semanas, la frustración por no conseguir su puesto de periodista y la indiferencia que sentía cada vez más por parte de su novia, hizo que los viajes comenzaran a parecer cada vez más largos. Solía comentarle a Charlize con cara de cansado cuando llegaba:

—Creo que añadieron por lo menos cincuenta kilómetros en la autopista.

A Charlize le resultó gracioso la primera vez que lo dijo, pero después de escucharlo varias veces y de ir añadiendo cada vez más kilómetros al comentario, sugirió que Robert ya no viajara todas las semanas, sino que lo hiciera una vez al mes. Como contrapartida, ella visitaría Nueva York, cada quince días.

Pasaron seis semanas antes de que volvieran a verse, y fue en Malden. Charlize nunca viajó. Esa fue la vez en que tuvo lugar la rotura oficial de su noviazgo.

Robert, soltero y con ingresos suficientes como para no necesitar trabajar, estaba dispuesto a aceptar un puesto de periodista en cualquier periódico, sin importar el sueldo, solo quería hacer lo que le gustaba. Su objetivo era ser el mejor periodista de la sección policiales, pero la realidad era que su currículum no lo ayudaba en nada, su experiencia se limitaba a sociales de una revista local, y ese puesto jamás llegaba.

Cada vez más desilusionado, y con mucho tiempo libre, volvió a salir con viejos amigos, a los que hacía años que no veía. Generalmente era en su apartamento, donde se hacían maratones de cerveza y cartas hasta el amanecer. En algún momento de demasiado jolgorio había recibido la queja de un par de vecinos que vivían en sus despachos, cosa que no podían hacer por contrato, pero que él permitía, cumpliendo el deseo de Sarah. Ninguno de los inquilinos sabía quién era el propietario actual del edificio, ya que Sarah se había encargado de comentar que había vendido el Rosemary a un grupo inversor, para que fuera más fácil la vida de Robert en el mismo. Ninguno sabía, cuando golpeaba la puerta amenazando con quejarse al propietario, que dicha queja le llegaba a él mismo.

En una de esas maratones, Robert confesó a sus amigos su frustración sobre su carrera periodística. Así llovieron ideas sobre diferentes alternativas, como ser periodista independiente, e incluso obtener la licencia de investigador privado porque, en definitiva, lo que él quería era eso, investigar.

La noche pasó, y a Robert le quedaron rondando diferentes ideas. Descartó lo de investigador privado, porque ya no quería estudiar, y eso era necesario para obtener una licencia, y además

jamás le habían gustado las armas, herramienta que él pensaba que debería ser necesaria para esta opción, aunque en realidad no tenía ni idea.

La opción de periodista independiente se adaptaba más a lo que él quería, pero ¿cómo podría vender un artículo si todos los periódicos ya contaban con profesionales que cubrían cada caso con muchos más recursos y experiencia que él?

Sin avanzar y sin haber trazado un camino, tomó una decisión: Investigaría y escribiría lo que fuera de su interés, y venderlo o no, no sería un problema, disponía de recursos suficientes para pagar un espacio y publicar a su antojo.

Así fue que hizo estampar en la placa del timbre de su despacho y en la puerta de cedro de su piso el cartel que decía «Oficina de Robert Lakes», sin título alguno por ahora, ya vería cuál pondría más adelante.

Una historia exclusiva

Cuando Robert llegó a su oficina, tras su rutina de ejercicio matutino, se encontró con una mujer sentada en su despacho. Desde la puerta, mientras pensaba que otra vez había salido al parque sin cerrar con llave, veía el cabello negro y corto, un jersey de lana verde al cuello, botas de cuero negro sobre unos jeans desgastados, y unas manos limpias de joyas que sostenían su revista de vehículos todoterreno, pero no lograba ponerle un nombre a ese rostro.

—Hola, Sr. Lakes, no debería dejar la puerta abierta, es una ciudad peligrosa.

Cuando la mujer lo saludó, la identificó inmediatamente y le respondió sarcásticamente:

—Detective Norah Brown... qué alegría verla...

En los siete años que Robert llevaba trabajando como periodista independiente había alcanzado cierta fama publicando cada una de sus investigaciones. Al principio, quiso vender sus artículos a los periódicos, pero después de una negativa tras otra, encontró cómo llegar a sus lectores desde internet, y como su objetivo no era otro que publicar la verdad, este era el medio más directo de alcanzar a todo aquel que la quisiera. De la mano de las redes sociales y su blog, su material era conocido, tenía

seguidores que buscaban continuamente sus artículos, e incluso había recibido dos ofertas de los mismos periódicos que antes lo rechazaban para unirse a sus equipos periodísticos, y que disfrutó al no aceptar.

Lamentablemente, también había obtenido cuatro demandas civiles por difamación, de las cuales había perdido una con un coste de cincuenta y tres mil dólares más costas de abogados, una investigación de Hacienda por no declarar sus servicios, y un arresto por obstrucción a la justicia.

Esto le había enseñado que lo más seguro para él era que cada investigación se iniciara tras el pedido de un cliente, y que este debía pagar por sus servicios. Además, se había asociado a cuanta organización de periodistas le permitió su título universitario, esperando con esto recibir ayuda en caso de ser necesario, y poder garantizar y proteger sus fuentes en un futuro, sin que ello le comportara un coste personal como el que ya había tenido que pagar una vez.

Ya hacía dos años que cada nueva investigación era respaldada por un contrato y una factura de honorarios de un dólar, que mantenía en orden la formalidad de su trabajo. Estaba claro que no trabajar para un periódico dificultaba las cosas, pero los beneficios de su libertad de movimiento, eran sin duda de lejos superiores a depender de un editor.

El arresto, por parte de la detective Norah Brown, había sido por no querer revelar una fuente que le facilitaba su investigación en el caso de secuestro de la niña, Saige Snyder, de cinco años mientras estaba al cuidado de sus abuelos paternos, y que tuvo a la policía durante ciento dieciséis días dando vueltas sin llegar a una sola pista, mientras Robert Lakes aseguraba en su blog día a día, que se trataba de un falso secuestro y que la niña había muerto en un accidente doméstico. El propio padre de Sai-

ge había amenazado a Robert con insultos y promesas de causarle daño físico si no dejaba de escribir tonterías, pero todo cambió dos días después del arresto de Robert, cuando el primo de la niña, de siete años de edad, le contó a su maestra que su abuela le había contado que su prima estaba en el cielo, y que lo había perdonado por empujarla a la piscina sin que ella supiera nadar. Robert nunca tuvo que revelar que su fuente era el jardinero de la familia Snyder, pero tuvo que cumplir doscientas horas de trabajo comunitario.

—Supongo que si ya terminó de leer, ahora que también ha saludado, puede dejar mi revista donde la encontró e irse, detective.

—Sr. Lakes, ambos sabemos que no he venido a saludarlo ni a leer.

—¿Entonces? ¿Debo suponer que otra vez viene a arrestarme?

—No, Sr. Lakes, vengo a ofrecerle algo para que escriba... una historia exclusiva.

—A ver si escuché bien, usted, la detective que me aseguró que yo me lo pensaría mejor antes de volver a jugar al policía, ¿me trae una propuesta para que investigue y escriba?... Realmente creo que... no lo entiendo...

—No hay mucho que entender, Sr. Lakes. Usted sabe muy bien que lo que pasó entonces solo fue lo que tenía que pasar, usted tenía información que la policía necesitaba, y no tenía nada que le protegiera para no entregarnos esa información y su fuente. No fue nada personal contra usted. Ahora le traigo un caso en el que no va a trabajar nadie más... y donde puede comentar y decir lo que quiera, ya que nadie va a rebatirle.

—Yo solo escribo la verdad, ya debería saberlo.

—Si no pensara eso no estaría aquí, Sr. Lakes. Le propongo lo siguiente, tome un baño, que por cierto... lo necesita... yo voy a por café y vuelvo con mi propuesta.

Media hora más tarde, sentados frente a frente en unos sillones de la oficina de Robert, separados por una pequeña mesa colocada sobre una alfombra rectangular, y con dos vasos de café de por medio, la detective Norah Brown le daba la información sobre el caso:

—Se trata de la muerte de un hombre de sesenta y siete años, en un accidente de tráfico el pasado seis de mayo, hace ya casi once meses. El hombre había bebido, salió de su casa y a menos de cinco kilómetros estrelló su coche contra un árbol. El vehículo se incendió y cuando llegaron los servicios de urgencia, ya no quedaba nada del conductor.

Robert estiró sus piernas y las apoyó una sobre otra. Miró a la detective, y puso cara de aburrido.

—Hasta este punto, no resulta nada interesante —comentó.

La detective suspiró, y continuó:

—¿Y qué tal si el conductor era un hombre que estaba en el programa de protección de testigos desde hace casi cuarenta años? Cuya familia no tenía claro por qué lo estaba.

—Podría significar que un hombre aburrido de esconderse bebió más de la cuenta y se dio contra un árbol.

—¿Y si sumamos que su única hija, a la que por cierto no le importa lo más mínimo el dinero de su padre, recibió la noticia de que este no tenía un solo dólar ahorrado, cuando desde niña vivía en la opulencia y creía que su padre era parte de un grupo inversor?

—Mucha gente pierde su fortuna de la noche a la mañana, y todavía más los inversores.

—¿Y si añadimos que el hombre se había casado con una mujer casi de la edad de su hija, apenas unos meses antes?

Robert recogió sus piernas, y se recolocó en su sillón.

—Bueno... ahí, puede ser... que empiece a pensar que quiero seguir escuchando, lo que no significa que me interese una propuesta por su parte, que todavía no entiendo por qué me la hace. ¿Cómo se llamaba el conductor?

—Se la hago... porque yo no puedo investigarlo... estoy muy comprometida y no es un caso oficial... todavía. Por otro lado, como le dije anteriormente, lo que pasó en el caso Saige Snyder no fue personal, y tengo muy claro que a usted le interesa la verdad, tenemos eso en común.

Tras un instante en silencio, la detective volvió a hablar:

—Además, no conozco a nadie más a quien pueda pagarle sus honorarios...

—No me dijo el nombre del conductor...

La detective hizo una pausa, miró a Robert a los ojos y le dijo:

—El nombre del conductor es Matthew Brown, mi padre.

Robert dio un salto de su sillón quedándose de pie junto a la mesilla.

—¿Es una broma? ¿Me pide que busque la verdad sobre la muerte de su padre?

—No conozco a nadie más... con la responsabilidad que usted le dedica a su trabajo, con excepción de mí misma claro, pero ya se lo expliqué..., yo no puedo hacerlo.

La detective se puso de pie también y quedaron uno a cada lado de la mesa. Ella volvió a mirarlo, y esta vez Robert pudo ver una súplica en su mirada.

—Piénselo, en la mesa está mi tarjeta, aunque creo que ya tiene mi número. Me llevo su revista de vehículos todoterreno, me gusta saber que además de la búsqueda de la verdad, tenemos algo más en común.

Robert miró la revista en las manos de la detective:

—No la he leído todavía...

—Otra razón para mantenernos en contacto.

Robert sabía muy bien que lo que la detective le decía era la verdad, no había existido nada personal. Él no había tenido nada que lo respaldara para poder evitar su arresto o para no revelar su fuente. También sabía que ella era una persona leal y de principios, él se había tomado la molestia de encontrar algún punto dudoso de su vida y no lo había encontrado. No es que fuera un hombre vengativo sino todo lo contrario, solía olvidar rápidamente con quien había tenido un problema, pero le dolió mucho su arresto, el cual todavía consideraba injusto.

Terminó su café y mientras lo hacía buscó información en internet sobre el accidente del Sr. Brown. No había gran cosa, apenas un pequeño anuncio en el periódico local de Greenwich, donde sucedió el accidente y donde vivía Matthew Brown, y luego los obituarios de rigor. Un conductor alcoholizado, un vehículo potente, un árbol en una curva... una mala combinación, pero no una noticia importante.

Para el mediodía su cabeza ya no podía dejar de hacer preguntas, una tras otra, sobre el accidente, el matrimonio y la vida en el

programa de protección de testigos de Matthew Brown; pero se comprometió consigo mismo a no tomar una decisión, antes de pasadas las veinticuatro horas de la visita de Norah.

Lejos de cumplir su promesa, a las cinco de la tarde, cogió el teléfono y marcó.

—Norah Brown, buenas tardes.

—Pensé que, al menos, había agendado mí número.

—Sr. Lakes... lo pensé, pero primero quise asegurarme que me fuera útil hacerlo.

—¿Por qué ahora?

—No lo entiendo...

—¿Por qué revisar el accidente ahora?... ha pasado casi un año.

—Supongo que hay cosas de uno mismo contra las que no podemos luchar. En mi caso, es la necesidad de saber la verdad de los hechos. He intentado olvidarme del asunto, pero siempre vuelve a mi cabeza una y otra vez. Hace unos días, volvía a la ciudad tras tomarme un descanso y cuando llegué al aparcamiento, alguien había estacionado por error en mi plaza. Era un Jaguar exactamente igual al que tenía mi padre... del mismo color incluso; no creo en las «señales» de ningún tipo... pero decidí en ese momento que debía cerrar el tema.

Él la escuchaba sin decir palabra. Cuando ella terminó, meditó un instante y respondió:

—Le voy a enviar un contrato en el que solicita que escriba sobre la muerte de su padre, y una factura, que debe pagar, si quiere que empiece. En la factura hay un número de cuenta para

que haga efectivo el pago, o puede enviar un cheque, mi asistente le devolverá un recibo.

—¿Un cheque por un dólar, es en serio? ¿Su asistente? Rosa, ¿la peluquera?

—Simplemente hágalo, no pierda su tiempo ni el mío.

Salón de belleza Neiva

El Salón de Belleza, Neiva, llevaba su nombre por la ciudad natal de Rosa, la propietaria del mismo. Rosa Ortiz, nacida en Colombia, abrió su negocio con veintidós años de edad, en un pequeño local en la 9th Ave., pero desde 1987, se había mudado al edificio Rosemary, y ocupaba uno de los dos locales a pie de calle.

Como sus rodillas no le permitían estar mucho tiempo de pie, ya no atendía personalmente a su clientela. Atendía el teléfono, agendaba las citas y recibía y saludaba a cada clienta como si fuese su mejor amiga. Les preguntaba sobre su familia, sus empleos y temas personales de cada una. Todas salían sintiéndose muy especiales; ninguna sabía que Rosa tomaba notas que leía antes de la próxima cita de sus clientas, y que sus rodillas estaban tan bien como para participar en una maratón y ganarla.

Simplemente estaba cansada y aburrida, pero su negocio era próspero y dependía económicamente de él, no podía dejarlo. Así que lo sobrellevaba con esa pequeña libertad que había logrado y con su pasatiempo, la Oficina de Robert Lakes.

Robert nunca había necesitado una secretaria, y aunque podía costearla sin problema, no se planteó contratar ninguna. Había conocido a Rosa de casualidad. Tres años antes había investigado las actividades de un laboratorio de cosméticos, con lo que

se había ganado una de las tres demandas civiles que tenía pendientes y que todavía lo hacía visitar el juzgado ocasionalmente. Una fuente le había informado que la empresa utilizaba como conejillos de Indias para probar sus productos a los más de ciento setenta residentes de dos centros para personas de la tercera edad, que eran propiedad del mismo administrador. Rosa se había encontrado a Robert revolviendo la basura de su local una noche en la que se había quedado ordenando sus cuentas después de cerrar. Ambos se miraron y ninguno dijo nada. Rosa cerró la puerta de su local, giró en dirección contraria a donde Robert se encontraba, volvió a mirarlo, dijo —Buenas noches. —Y se fue riendo disimuladamente. Sabía quién era su vecino, y que no era un vagabundo, le dio risa verlo en esa situación incómoda.

Robert, que jamás había visto a Rosa, quiso decir algo, pero no supo qué. A la semana siguiente, publicó su primer artículo sobre el laboratorio, y envió un link del mismo al mail que se veía en el cartel del salón de belleza. Menos de quince minutos después, Rosa abrió la puerta del despacho de Robert, riendo mientras le decía:

—No sé si me dio más risa verte en mi basura, ¡o recibir tu mail dirigido a la Sra. Neiva!

Rosa se sentó sin que la invitara, y le comentó que utilizaba habitualmente los productos de ese laboratorio y que eran realmente buenos, pero si lo que Robert había escrito era cierto, buscaría la forma de perjudicarlos ella misma. Después de hablar unos minutos sobre el artículo, Rosa le dijo a Robert:

—Yo te llamaré Robert y tú puedes llamarme Rosa. Sin duda tendrás algún avance en la tarde, no creo que esta gente esté festejando tu artículo, después del almuerzo vuelvo a subir y me comentas.

Salió, cerró la puerta, volvió a abrirla y preguntó: